

Entrevista a Rossana Reguillo (1)

“SOY DEUDORA DE UNA TRADICIÓN GRAMSCIANA DE ENTENDER LA COMUNICACIÓN Y LA CULTURA”

María Silvina Souza y Pamela Vestfrid

Fotos: María de La Paz Echeverría

Universidad nacional de La Plata (Argentina)

silsouza@perio.unlp.edu.ar

pvestfrid@perio.unlp.edu.ar



Es uno de los mayores referentes latinoamericanos actuales en el campo de la comunicación. Su principal obsesión es, como ella misma explica, “desnudar al poder ahí donde este se muestre”. La prestigiosa investigadora mexicana, Rossana Reguillo, habla con Question acerca de los pensamientos y prácticas referenciales que cobran sentido como marcas de su identidad.

¿Dónde naciste?

Nací en Guadalajara, la segunda ciudad en importancia y tamaño del país. Soy hija de padre español, republicano y de madre chiapaneca, de donde es el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Mis genes son un poco complicados...

Pero deben haberte marcado...

Sí. Profundamente. En la manera de ver la vida y en la forma de vincularme con los procesos sociales y políticos.

¿Cómo fue transitar la juventud con una vida tan marcada por los genes y en una ciudad tan inmensa como Guadalajara?

Bueno, mi adolescencia y mi juventud transcurrieron muy ocupadamente. Yo hacía teatro, participaba en manifestaciones políticas con colectivos a mi alcance en aquel entonces, y llega un momento muy importante en la historia mexicana, respecto de lo que significó el autoritarismo del PRI. En aquel entonces yo tenía 13 años, veníamos saliendo del movimiento de 1968, que también me marcó profundamente. En alguna medida mi generación fue heredera de los movimientos estudiantiles del 68, pero enfrentamos un poder autoritario que había prendido de los brotes del 68; entonces los controles eran terribles, pero por otro lado eran momentos también de la emergencia de los grupos guerrilleros en México, la Liga 23 de septiembre, etc., que a mí nunca me parecieron una opción viable, ni deseable. Muchas cosas marcaron mi juventud, pero principalmente las conversaciones con mi padre que era un tipo muy inteligente, muy combativo y profundamente involucrado con el dolor humano.



¿Y cómo fue que comenzaste a transitar por el campo de la comunicación?

Fue muy curioso. Yo estudié teatro y participaba en el grupo de la Universidad de Guadalajara, donde de alguna manera esta cuestión de hacer comunicación estaba muy presente –soy muy melodramática e histriónica–, estaba muy marcada en mi propio quehacer.

Yo empecé estudiando filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara. Sin embargo, me parecía que el tipo de reflexión filosófica de aquel entonces era muy insuficiente como para acercarme a las cosas que me interesaban. Y en ese momento, de manera muy casual, recibí la invitación para ser reportera, primero en una empresa privada y luego en Radio Universidad de Guadalajara. Yo ejercí antes de empezar a estudiar. Comencé a trabajar como reportera y luego como conductora de un programa de análisis, ¡muy malo, era malísimo! Yo estaba muy chiquita, no tenía mucha claridad y sobre todo no tenía formación. Me alejé de allí porque me fui a trabajar durante varios años a la biblioteca de la universidad donde trabajo actualmente –que es el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), la universidad de los jesuitas– y de una manera muy extraña el rector en aquel entonces decidió confiarme la dirección de la biblioteca cuando yo tenía 21 años de edad y no tenía una carrera terminada porque había dejado a la mitad filosofía.

En mi estancia como directora de la biblioteca me invitaron a dar clases en la Escuela de Ciencias de la Comunicación del ITESO. Empecé a dar clases de teatro popular, de análisis sociopolítico, etc. pero tenía pendiente no haber terminado una carrera. Entonces ahí decidí empezar a estudiar comunicación, a los 26 años. Fue una carrera derechita, pese a que yo era funcionaria, nadie me facilitó nada. Entonces me fui quedando, terminé la licenciatura, después hice la Maestría en Comunicación y Cultura y al terminar hice el doctorado en Ciencias Sociales. Fue una carrera tardía, pero no se paró en ningún momento. Hice tres tesis en el lapso de un tiempo de menos de 10 años.

Y cuando empezaste a estudiar ¿qué lecturas y autores se convirtieron en referentes?

Era una época muy interesante porque se estaban analizando muchas de las teorías consagradas en comunicación. El ITESO es la segunda escuela de comunicación más antigua del país y es una universidad con un prestigio importante. Tuve la suerte de tener excelentes profesores, muchos de los cuales habían sido mis alumnos, lo cual era muy chistoso y simpático a veces. Pero quien marcó más definitivamente mi lectura del mundo fueron los planteamientos de Gramsci. Soy deudora de

una tradición gramsciana de entender la comunicación y la cultura. También era un momento en la licenciatura donde el trabajo pionero de García Canclini era para nosotros fundamental. Era una formación muy teórica y en una línea de investigación muy comprometida políticamente, leíamos a Gramsci, a García Canclini, en la parte más semiótica a Greimas y en cuanto a la comunicación popular a Daniel Prieto Castillo, entre otros. Además me formé con lecturas muy latinoamericanas a diferencia de otras escuelas que apelaban a todo el conocimiento europeo. En el ITESO se priorizaba muchísimo la perspectiva latinoamericana que fue la que marcó definitivamente mi trabajo, mi manera de entender actualmente la investigación o la producción de pensamiento crítico.

¿Cómo te iniciaste en la investigación?

Muy tempranamente porque cuando yo iba a hacer mi tesis de licenciatura, fue el terremoto de 1985 en México, y entonces rápidamente me involucré en el movimiento de los damnificados en ciudad Guzmán, que fue otra de las ciudades más golpeadas por este terremoto y ahí decidí aplicar simultáneamente la parte más investigativa y la parte de involucramiento en el movimiento social.

Y esa tesis dio lugar a un libro...

Si fue un primer trabajo, pero malo, malito, digamos que era muy incipiente. Cuando ingreso a la maestría un texto que cambió radicalmente mi manera de entender las cosas fue De los medios a las mediaciones de Jesús Martín Barbero. En la vida un libro se ha discutido tanto en México como ese. Tuve un seminario en que a lo largo del semestre todo lo que hicimos fue discutir el libro, por eso lo leímos en serio, cosa que yo tengo la impresión de que actualmente no se hace. Y ahí decidí empezar la investigación sobre jóvenes, que ya es un tema en el que tengo poco más de 20 años. Y empecé a trabajar la investigación que luego dio forma a En la calle otra vez (2), este fue el libro con el que me situé como investigadora, todavía jovencita, no de edad sino jovencita en el sentido de una incipiente carrera académica y ahí me di cuenta de que la formación en comunicación era insuficiente para lo que yo quería hacer, porque necesitaba una formación en ciencias sociales mucho más sólida, más fuerte. Entonces, terminé la Maestría con esa investigación y comencé el Doctorado en Ciencias Sociales con especialidad en Antropología Social en un programa pionero en el país, donde tuvimos maestros de primerísima línea. Fue una generación de gente grande, en Guadalajara y en ese sector del país no había doctorados, el primero fue este, entonces lo cursaba mucha gente que ya veníamos con una trayectoria en investigación, era gente de 35 a 40 años, y por primera vez yo era de las más jóvenes.

El doctorado fue muy interesante, tenía una duración de 4 años, era muy duro, yo envejecí en ese doctorado, era brutal la exigencia a la que se nos sometía, había que presentar coloquios semestrales, avances de investigación que eran comentados por doctores que venían de distintas partes del país. Tenías el geógrafo que te demandaba porqué no incluías tal cosa, tenías el economista que te hacía pensar en cierta lógica, fue un espacio para mí realmente fundamental y ahí es donde arranco la investigación sobre las explosiones, que dio

origen al libro La construcción simbólica de la ciudad (3), ya estaba yo mucho más fogueada, más madura, con mayores herramientas para trabajar y, para mí, con una inspiración fundamental.

¿Cómo te organizas con el trabajo y cómo eso se relaciona con tu vida familiar?

Yo creo que tengo más que una virtud una enfermedad: soy hiperquinética, tengo una energía que si yo me lamentara porque padezco insomnio o porque no puedo estar sentada viviría dopada, pero aprendí muy tempranamente a utilizar toda esa energía en un sentido más productivo. Y efectivamente es un tipo de trabajo que a veces se ve muy glamoroso –‘ya se bajó de otro avión y ahí viene’– pero la verdad es que es una vida que exige una disciplina de tipo casi monacal.

El poco tiempo que tengo libre lo uso con mi familia, a la cual disfruto profundamente, pero tengo una vida social bastante escasa. Me levanto muy temprano, voy al gimnasio todos los días y empiezo a trabajar tarde, hacia las 10 de la mañana. Y toda la mañana la utilizo con mis alumnos, no tanto para dar clase sino que me encuentro con ellos, tengo discusiones, armamos cosas. Las mañanas son un momento de correo electrónico, que para mí es un instrumento de trabajo fundamental para mantenerme en contacto con mi red de chómpiras latinoamericanos. Luego en la noche doy mis clases, procuro que sea de noche porque es cuando estoy más lúcida, y escribo por la tarde y hacia la noche tirando hacia la madrugada, es el momento en el que estoy mejor capacitada para pensar. Los fines de semana muchas veces tengo que emplearlos en escritura, en análisis de materiales, etcétera. Pero digamos que lo que más me revitaliza a mí son las salidas a campo, cuando estoy en trabajo de campo el cansancio no me importa para nada. Y luego todo eso lo tienes que combinar con los viajes, las invitaciones, las ponencias, los artículos. Hay que organizar entonces la cotidianidad, nada que con disciplina no puedas hacer; exige renuncias pero uno aprende, yo trabajo mejor bajo presión que en condiciones muy lábiles.

¿Cómo seleccionas los temas que investigas?

Esa es una pregunta que me han hecho algunas veces, y yo digo que yo no selecciono los temas sino que los temas me seleccionan a mí, se me imponen. Muchos tienen que ver con mi preocupación fundamental que es desnudar al poder ahí donde este se muestre, esa mi obsesión. Esta preocupación por el poder marca mucho el modo en como miro lo real. Yo siento que no escojo, sino que el tema me escoge a mí, me persigue, me persigue, me persigue hasta que estoy ahí.

¿Cuáles son las temáticas en las que estás trabajando actualmente?

Sigo con los miedos, que ha sido una investigación muy difícil, en la que estoy en la fase de análisis y de escritura. Estoy en un proyecto sobre maras, las grupalidades norteamericanas y centroamericanas de pandillas juveniles, trabajando desde dos enfoques: la translocalidad de las prisiones juveniles violentas, es decir, la cuestión de la migración y la cuestión de la geopolítica del miedo, y en eso estoy.

En relación a la formación de investigadores en comunicación ¿Qué mirada tenés acerca de la investigación científica en los estudios de grado?

Hay dos cosas, una cosa son los espacios institucionalizados que tienen su propia lógica, que su función es habilitar en competencias investigativas particulares, pero una cuestión fundamental es que a hacer investigación se aprende haciendo investigación. La manera de transmitir un habitus investigativo es trabajar con los estudiantes en investigaciones reales y concretas. Mi experiencia es que las mejores vocaciones que yo he formado –y tengo excelentes alumnos que hoy me rebasan afortunadamente– se han formado al fragor de la batalla, donde se ven enfrentados a una situación social particular; eso funciona muy bien porque la experiencia del investigador es muy comunicable. Solamente cuando un estudiante te ve trabajar y está contigo, ve cómo se van armando ciertos procesos analíticos, el modo en como uno se relaciona con los actores sociales para entrevistarlos, etcétera. Se aprende cuando el estudiante está ahí no cuando le das a leer, yo me siento muy orgullosa de mi método que es audiovisual y didáctico, y muy doloroso. No tengo concesión alguna, los lanzo al agua y algunos se quedan en el intento, pero los que perduran salen con un nivel de visión de las cosas muy interesante. Yo creo que eso es lo que habría que potenciar desde los espacios académicos. En las escuelas de comunicación lo que haría falta en este momento es que las autoridades universitarias entiendan que tienen que tener investigadores no para saturarnos de clases sino para que estén ahí y puedan rodearse de alumnos, eso hace mucha falta.

Notas

- (1) Entrevista realizada en La Plata el 7 de octubre de 2005.
- (2) REGUILLO, Rossana. En la calle otra vez. Las Bandas: identidad urbana y usos de la comunicación. Iteso, Guadalajara, 1991.
- (3) REGUILLO, Rossana. La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación. ITESO-UIA. Guadalajara, 1996.